

Los evangélicos en el Informe Final de la CVR: Resistencia, consolación e indiferencia

Alfonso Wieland

El Informe Final (IF) de la CVR es un hito fundamental en el proceso por esclarecer la verdad y procurar justicia para las miles de personas y familias afectadas, las cuales aún aguardan que su clamor sea atendido. Nos coloca en el punto de partida de un proceso de largo aliento que si es asumido con responsabilidad puede llevarnos a la construcción de un nuevo país, libre de la deshonra a la que nuestra actuación en el tiempo de la barbarie lo llevó.

Lo que dice el Informe

El simple hecho de que el IF recoja parte de la historia de los evangélicos durante los veinte años de violencia es un signo de que el desarrollo de los acontecimientos del conflicto armado interno afectó directamente a la comunidad evangélica. El IF concluye reconociendo el papel de un sector de la comunidad evangélica como un actor que contribuyó a "proteger a la población de crímenes y violaciones de derechos hu-

manos". El IF reconoce, asimismo, "el valor de los pastores que cumplieron esa labor de defensa de la vida y denuncia de la violencia con peligro para ellos, muchas veces en zonas periféricas de las grandes ciudades y en zonas rurales muy apartadas. Consta también que un número significativo de campesinos evangélicos participaron en Comités de Autode-

Alfonso Wieland es director ejecutivo de la Asociación Evangélica Paz y Esperanza.



fensa que enfrentaron a la subversión. Sin embargo, lamenta que algunas comunidades evangélicas no se hayan hecho eco de la defensa de los derechos humanos.

Ciertamente, la violencia política marcó una nueva etapa en la actuación social de los evangélicos. Las respuestas que se generaron a partir de la violencia ejercida contra miembros de las iglesias evangélicas produjeron nuevas formas de entender su ciudadanía e, incluso, el significado de la pastoral o misión cristiana. En este camino fueron asesinados 529 evangélicos en el período 1980-1991. Las víctimas son principalmente de los departamentos de Ayacucho, Huancaavelica y Junín, según fuentes del Concilio Nacional Evangélico. Estas cifras no registran ejecuciones, detenciones y desapariciones en otras zonas convulsionadas como el Alto Huallaga y el Alto y Bajo Mayo en el departamento de San Martín, ni en la zona sur de nuestro país.

Para la CVR, las iglesias evangélicas fueron víctimas de la violencia tanto de parte de los grupos subversivos cuanto de la de miembros de las propias Fuerzas Armadas. Sendero encontró en la Iglesia un enemigo al que no pudo vencer ni con la violencia ni con su ideología. El MRTA no pudo hacer prender en ellas la imagen de un Cristo político y revolucionario. El accionar de las fuerzas del orden, aunque

probablemente sin seguir un patrón político especial contra las iglesias, fue de desconocimiento del papel de las iglesias evangélicas y en ciertos hechos de violación de los derechos humanos de los líderes religiosos.

Frente a la actuación de los grupos subversivos y de las fuerzas del orden, creyentes evangélicos en sectores rurales desarrollaron respuestas creativas al problema de la violencia; específicamente, se ensayaron dos tipos de respuesta que pueden resumirse en *resistencia* y *consolación*.

Las iglesias fueron, en muchas comunidades rurales, las únicas organizaciones sociales que resistieron y quedaron en pie. "Frente al mensaje totalitario y violentista de los grupos subversivos y la realidad de horror, la fe que los animaba los llevó a elaborar diversas respuestas: desde no acatar el llamado de tomar las armas hasta la articulación de su reflexión teológica con lo que vivían a diario, pasando por decidir luchar contra Sendero a través de las rondas campesinas, mostrándose así la diversidad de respuestas que los evangélicos pudieron elaborar frente al terror. Las iglesias en varias comunidades rurales se constituyeron en verdaderos centros de consolación y esperanza para las viudas, huérfanos, desplazados, los presos. Actuaron de la mano con las comunida-

des donde estaban insertadas.

Sin embargo, el IF señala los desencuentros y quiebres internos de la propia comunidad evangélica, desencuentros que por cierto fueron desnudados por el conflicto interno. Las grandes inequidades que persisten entre las iglesias de la ciudad y el campo, por ejemplo. Inequidades que pasan por la concentración de recursos en Lima, de organización y administración deficiente, de tratamiento diferenciado a los pastores del campo. Ese distanciamiento hizo posible una actitud de *indiferencia* frente al dolor de sus propios hermanos. ¿Cómo entender tanta indiferencia, la indolencia de muchos líderes religiosos de Lima, o de las propias capitales de los departamentos afectados por la violencia? ¿Se podría alegar desconocimiento? Aquí el IF no ahonda en las posibles causas de estos quiebres que podrían ser más explicados por el lado sociológico, de exclusión social y discriminación de los habitantes de la sierra rural y la selva del país.

Pero no todo fue gris desde las iglesias urbanas. Hubo de aquellos que se comprometieron con el dolor de sus hermanos quechuhablantes. El IF resalta el importante papel que cumplió el Concilio Nacional Evangélico (CONEP), de su Departamento "Paz y Esperanza" (el cual más tarde se independizaría). Señala

además otros sectores eclesiales nacionales e internacionales que se identificaron con las víctimas.

En resumen, el IF reconoce el valor, coraje y solidaridad de los creyentes evangélicos más pobres y de un grupo de evangélicos agrupados en algunas organizaciones eclesísticas de la ciudad. Pero también remarca la insensibilidad de un sector urbano de líderes religiosos que dieron la espalda al sufrimiento de sus hermanos. El IF concluye en que al tratar de responder a los desafíos del conflicto armado, las iglesias se transformaron en actores sociales importantes en las comunidades y la sociedad.

Reacción de las iglesias y lecciones por aprender

El IF aún no ha sido discutido a fondo por las comunidades evangélicas. Parece ser que el tema no es parte de la agenda prioritaria de las iglesias. Ciertos líderes eclesiásticos han ido expresando que en general el IF abre pistas de discusión muy interesantes para las iglesias evangélicas, que ciertamente no recoge toda la historia de lo que significó el conflicto para los evangélicos, que hay mucha información sobre la respuesta institucional (del CONEP-Paz y Esperanza), pero que faltaría ampliar la que se dio desde las propias iglesias rurales y otros sectores. Para algunos el IF es muy "blando" con aquellos líderes evangélicos que no supieron cumplir

con su compromiso pastoral y además dice muy poco sobre los sectores que pusieron obstáculos a la labor de defensa de los derechos humanos.

Puede ser interesante mencionar la reacción de un connotado líder evangélico, el pastor Humberto Lay (ex comisionado de la CVR), quien proviene justamente de aquel sector que se mantuvo indiferente, y a veces contrario a involucrarse en esos temas: "Yo, como muchos del pueblo evangélico, no me había preocupado por los derechos humanos vulnerados durante la lucha antisubversiva [...] Eso es un pecado que tenemos que confesar y pedir perdón a Dios por nuestra indiferencia, en especial los que vivimos en Lima y en las grandes ciudades del Perú, pues los hermanos del interior, que sufrieron en carne propia la violencia, sí estuvieron activos".

Pensamos sinceramente que esta respuesta inicial que tal vez refleja el sentir de una parte de ese sector "indolente", debe ser ahondada aún más. Animaríamos que se busquen formas prácticas de revertir esa situación, teniendo en mente a las víctimas de la violencia, y, claro, a las iglesias rurales. El pedido de perdón es ante Dios y ante aquellos que resultaron ofendidos. Se tratará en todo caso de que la Iglesia muestre con los hechos, como dice el propio Lay, que se está tomando conciencia de los



Foto: Mónica Newton

problemas sociales y de la necesidad de cambios profundos para que en nuestro país no se repita el terrible periodo de muerte y terror.

Finalmente, entendida la reconciliación como la puesta en marcha de un proceso de restablecimiento y refundación de los vínculos fundamentales entre los peruanos, cabe preguntar: ¿Qué significa exactamente para la propia comunidad evangélica el restablecimiento y refundación de los vínculos fundamentales? Parece importante plantearse esta pregunta de cara a la relación iglesia rural-iglesia urbana, unidad de las iglesias, entendimiento de la función social de las iglesias, etcétera. De lo contrario quedaría solo como un discurso sin desafíos para el presente. Sin dejar de lado la reconciliación como una necesidad de todo el país, debemos mirar por un momento la reconciliación hacia dentro, como una apuesta de cambios radicales para las propias iglesias evangélicas. ▲